

Simone Weil: la imposible fusión entre propaganda y democracia

JOSEFINA ARANDA

Simone Weil redacta su *Nota sobre la supresión general de los partidos políticos*¹ en Londres desde la Resistencia francesa en el exilio, contratada como redactora y correctora para *France libre* en 1943 durante la II Guerra Mundial. El objetivo general era diseñar un nuevo país, una nueva Europa que debería reemplazar los totalitarismos. Según su profesor Alain esta *Nota*, escrita con una actitud radicalmente crítica, muestra el carácter propio de Simone Weil y su compromiso con el mundo social y político. La autora, enferma, ingresada en el Hospital de Ashford (Kent), renuncia a su contrato por discrepancias con la dirección de la revista –parece que los aires autoritarios del general De Gaulle no eran bien vistos por Weil–. Morirá el 24 de agosto de ese mismo año, 1943, con solo 34 años.

El texto se abre con una frase contundente sobre su análisis de la política europea: “Sobre el continente europeo el totalitarismo es el pecado original de los partidos”. Parece, pues, imposible eliminar los totalitarismos desde un sistema democrático y su dinámica de partidos. Un sistema político debería servir para obtener la verdad, la justicia y el bien común. La pregunta que se hace Weil es si la democracia es el sistema que nos llevará a conseguir ese fin, dada la contradicción inherente que la autora halla entre los partidos, dinámica propia de la democracia, y el totalitarismo, que se halla en la raíz de estos. Como consecuencia, la falta de bien y de justicia caracteriza a Europa.

Simone Weil expresa una actitud pesimista, incluso trágica. Nos propone, según Roberto Espósito, “la escisión originaria, pensar Europa a partir del antagonismo, la herida, la falta de ser, de Bien y de valor”². Esa falta de bien y justicia que caracteriza Europa no es algo nuevo sino que se halla en el origen de nuestra historia, en Grecia, cuyo origen no es, dice Espósito, Prometeo y Ulises, sino Edipo ciego y Antígona enterrada. También Nietzsche nos da una lectura trágica, caracterizada en la imposible identidad, en la falta de identidad: no hay posible unidad, ni identidad en Grecia, solo fuerzas contrarias –apolíneas y dionisiacas– que luchan heracliteamente.

¿Es la democracia un bien en sí mismo? Condiciones que debe cumplir

Se pregunta Simone Weil si hemos de conservar los partidos políticos. Su visión crítica le impide aceptarlos, porque no acepta la conservación de nada simplemente por el hecho de que exista. Solo si hay pertinencia y justificación suficiente, serán conservados los partidos políticos. La democracia y su sistema de partidos se aceptan

como un dogma, como un bien en sí mismos, como un bien absoluto. Pero, dice Weil ¿no son los partidos un mal en estado puro? Según Weil, hay una confusión entre el fin y el medio. Solo el Bien es un fin; todo lo demás son medios. Entonces habrá que analizar si nuestro sistema es un mecanismo adecuado para realizar el Bien y la Justicia. Si la democracia sirve a ese fin, es buena y si no, no.

Partiendo del análisis del ideal republicano francés y de la idea de voluntad general de Rousseau, dice Weil que la voluntad general se basa en dos evidencias:

- la razón discierne y escoge la justicia. El crimen tiene como móvil la pasión.
- el consenso universal indica la verdad. La razón es una e idéntica en todos; las pasiones difieren, son múltiples y diversas.

Ahora bien, si la voluntad general puede expresar la justicia y la verdad, han de cumplirse dos condiciones:

- a) que cuando el pueblo toma conciencia de sus deseos y los expresa, no haya ninguna especie de pasión colectiva, y
- b) “es necesario que el pueblo se exprese en relación con los problemas de la vida pública y que no se limite a hacer selección de personas.”³

Como ejemplo de cumplimiento nombra “*les cahiers de revendications*” o cuadernos de quejas que, dice, fueron “verdaderos órganos de expresión para el pensamiento público”⁴. Si se analizan estas dos condiciones para que se cumpla la voluntad general veremos, según Weil, que nunca hemos conocido una democracia. De hecho, el pueblo tiene problemas para expresar su opinión, y las ha tenido siempre. Recordemos que en los acontecimientos recientes, en el 2011, del 15-M o movimiento de los indignados, una de las reivindicaciones fue “una democracia participativa” donde los ciudadanos puedan expresar su pensamiento. Una democracia participativa y directa y un acceso popular a los medios de comunicación, que deberían ser éticos y veraces. Y seguimos dominados por la pasión colectiva, que es la que dirige la vida pública.

Contraposición entre democracia y propaganda

Para comprobar si la democracia es un buen mecanismo para obtener y aplicar la justicia, Simone Weil le plantea dos cuestiones: ¿cómo dar al pueblo la posibilidad de expresarse sobre los problemas de la vida pública? y ¿cómo evitar las pasiones colectivas? Su postura es contundente: parece imposible legitimar la República, así que la propuesta de Weil es la supresión de los partidos políticos, y esto lo justifica por las siguientes tres razones:

- un partido político es una máquina para fabricar pasión colectiva. Entonces, está claro que la voluntad general es inválida.

- un partido político es un organismo para ejercer presión sobre el pensamiento. De hecho, si el individuo que forma parte del partido no comparte sus dogmas sería excluido. Los partidos políticos son mecanismos de opresión intelectual. Simone Weil dice que este mecanismo fue inventado por la Iglesia Católica en su lucha contra la herejía. Si no se aceptan sus dogmas de fe serás expulsado, mecanismo que repite la dinámica de partidos.

- un partido es una máquina cuyo fin es su crecimiento ilimitado. "Todo partido es totalitario, en germen y en aspiración"⁵, ya que solo busca obtener una posición de poder y dominación, y justifica sus faltas siempre en un poder todavía insuficiente.

No hay que olvidar que la *Nota* está escrita en la época de Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, y Simone Weil contrapone democracia y propaganda: "el fin confeso de la propaganda es el de persuadir y no el de arrojar luz"⁶. De esta manera se hace imposible que la verdad anide en la política. Su posición platónica es evidente: Weil defiende que la verdad es una e imposibilita un discurso perspectivista, sea este el socialismo, el comunismo, el alemán o el francés, el católico u otra creencia. La evidencia de la verdad nos obliga a pensar de la misma forma pero, ¿y el pluralismo de los partidos? ¿Desde qué experiencia puede expresarse la verdad?

Porque Weil parece olvidar que la política democrática debe basarse en la pluralidad y que el debate representa la base de cualquier democracia. A Simone Weil parece interesarle únicamente la verdad que surge de la conciencia recta de la luz interior. Pero, ¿cómo puede funcionar una democracia sin partidos? ¿Quizás Weil estaba pensando en un anarquismo sindicalista? Está claro que su visión de partidos está radicalmente condicionada por las experiencias totalitarias del siglo XX (1943, II Guerra Mundial) y su reflexión es una reacción a los peligros que entrañan los totalitarismos y a la manipulación política de las masas a través de la propaganda. Nada más claro y patente en nuestro tiempo. Simone Weil denuncia la imposibilidad de un discurso verdadero desde el interior de todo partido, ya que representa la anulación total de la capacidad pensante y del ejercicio de libertad del individuo. Según nos cuenta, es imposible hablar como partido ya que una colectividad no tiene lengua ni pluma. En todos los casos se hace un esfuerzo por superar lo individual al coste de olvidar el esfuerzo y la búsqueda de la verdad y la justicia. Así lo confirma Carlos Ortega cuando afirma que "el pensamiento colectivo, ese pensamiento imposible y, por lo tanto, inexistente, habría encontrado una expresión real en la burocracia"⁷.

Weil nos recuerda la metáfora platónica del "gran animal" en relación con los partidos políticos; "animales de engorde" cuyo "fin es su propio crecimiento". El partido sería como un gran colectivo en el que el individuo se disuelve en la masa y deja de pensar. El colectivo encadena al individuo y le impide pensar. A este respecto sigue diciendo Carlos Ortega que: "la burocracia es un dispositivo para proporcionar

invisibilidad al Estado cuando este necesita poner en acto cualquier técnica criminal. El último mecanismo perverso es el capitalismo financiero”⁸.

La solución de Weil parece irrevocable: es necesario suprimir los partidos políticos ya que con su existencia es imposible intervenir eficazmente en los asuntos públicos sin entrar en su juego. Para Weil en la política todo ocurre en el terreno de la opinión a golpe de especulación y publicidad. Simone Weil prefiere trabajar desde fuera. Se dedicó al sindicalismo, una forma de intervenir activamente en la política y en los asuntos de la ciudad sin comprometerse con los partidos. Una forma paralela de hacer política.

Educación y política

La educación es un tema central en su reflexión filosófica ya que representa una herramienta de emancipación social y política, desarrolla la capacidad crítica y de reflexión humana y ayuda a buscar el conocimiento y la verdad. Pero los partidos, según Weil, cuando hablan de educación del pueblo, en realidad se refieren a un adiestramiento para domar el pensamiento de sus miembros. “Incluso en las escuelas ya no se sabe estimular de otra forma el pensamiento de los niños, como no sea invitándoles a tomar partido a favor o en contra”⁹. No podemos olvidar la formulación de la pregunta nº 5 del examen de selectividad que el *Departament d’Ensenyament* propone. *Argumenteu a favor o en contra de la tesi que defensa l’autor*, dándonos por tocados y hundidos en nuestra tarea educativa. “La obligación de tomar partido, de tomar posición a favor o en contra, ha substituido a la obligación de pensar”¹⁰. Simone Weil trata, ante todo, de proteger la libertad de espíritu, de impulsar y reforzar la capacidad de todo ser humano para analizar y decidir qué sea el bien y lo justo y evitar así caer en lo que Hannah Arendt denominó “banalidad del mal”.

La propuesta de acción política de Weil está en trabajar en grupos que defienden intereses comunes, precisos, objetivos concretos e inmediatos. Es por ello que en su vida participó y valoró el trabajo sindical. Decía que las pasiones no se pueden reprimir, pero sí podemos canalizarlas, “neutralizarlas”. Un término de la física y de la biología. No sé qué pretende decir con esto pero cabe la posibilidad de que si algo queda neutralizado quede diluido en la masa y resultaría entonces irreconciliable con su propuesta.

Su escrito, para concluir, es un elogio de la libertad del pensamiento, pero me temo que no lo es de la libertad de la expresión del mismo. La neutralización de las pasiones supone aceptar que lo particular radical queda diluido en el agua cristalina de la verdad pura, no se sabe de qué experiencia del espíritu. Por otro lado, Weil insiste en defender la idea de que nada es seguro, excepto el bien y la verdad. Francia no es eterna, ni Alemania tampoco, ni ningún partido lo es. Un tono oscuro y decadente propio del tiempo que le tocó vivir.

NOTAS

1. Weil, S. *Nota sobre la supresión general de los partidos políticos*, disponible on-line en Colección "Metaxu", núm. 2.
2. Espósito, R. "Simone Weil y Europa", *Archipiélago*, núm. 43, 2000, p. 40.
3. Weil, S., *op. cit.*, p. 6 y 7.
4. *Ibid.*, p. 7.
5. *Ibid.*, p. 9.
6. *Ibid.*, p. 12.
7. Ortega, C. "Simone Weil, una filosofía contra el Estado". *Archipiélago*, núm. 43, 2000, p. 35.
8. *Ibid.*, p. 35.
9. Weil, S., *op. cit.*, p. 23.
10. *Ibid.*, p. 24.